

*Sofia corre a través de la oscuridad. Tiene prisa y mucho miedo. No sabe por qué corre, por qué tiene miedo, o hacia dónde va. Hay algo allí detrás que la asusta, algo peligroso, algo malo, que se acerca cada vez más.*

*Corre a través de la noche. Está sola y siente cómo le invade el miedo...*

Sofia cierra los ojos mientras sigue pensando en la horrible pesadilla. Ha tenido aquel sueño desde el tremendo accidente, cuando murió Maria y ella perdió las piernas, además de sufrir profundas quemaduras. Dio un respingo y abrió los ojos, como si se despertara de un verdadero sueño. Como si se hubiera desplazado en el tiempo. Echó unas cuantas ramas al fuego y pensó que ya habían pasado diez años. Entonces tenía nueve y ahora casi veinte.

Era tarde. A estas horas normalmente ya estaba durmiendo. Pero aquella noche no podía. Detrás de ella, en la pequeña casa de ladrillos, dormía el resto de la familia. Oía

los pesados ronquidos de su madre, Lydia, y a alguno de los niños quejándose en sueños.

Sofía estaba sentada sobre una alfombra de rafia junto al fuego. Al otro lado de las llamas estaba su perro, Lokko, con la cabeza sobre las patas y con los ojos cerrados. Cuando Sofía se movía o algún insecto revoloteaba cerca de su hocico, abría los ojos y la miraba.

A veces Sofía pensaba que era igual de extraño mirar hacia el interior de los ojos de un perro que observar fijamente el fuego, donde las llamas saltaban y las ascuas crepitaban y se liberaban desapareciendo en la noche. Los ojos de Lokko eran como entradas a oscuras cuevas donde se escondían muchas cosas emocionantes y extraordinarias. En las llamas del fuego bailaban los recuerdos de lo que ocurrió y lo que pensó hace mucho tiempo...

El poblado dormía a su alrededor. Lejos, en la oscuridad, podía oír cómo lloraba un niño. Escuchó. Parecía que el niño estuviera enfermo. Quizá tuviera fiebre, quizá fuera otra cosa.

En cuanto oyó el llanto sintió un pinchazo. Ahora ella tenía dos niños pequeños y sabía que cuando un niño empezaba a llorar podía ser una enfermedad grave que estuviera a punto de declararse. Tampoco tenía por qué ser así, pero nunca se sabía. Había visto morir a muchos niños, de fiebre, de diarrea o de malaria. Los que eran pobres y vivían como ella en aquel poblado nunca podían estar seguros de que hubiera un médico para ayudarlos o de que tuvieran siquiera dinero para comprar las medicinas que necesitaban.

Volvió a escuchar. El niño se había callado. Sofía acercó unos trozos de leña con una de sus muletas y los echó al fuego. Lokko la miraba.

—¿A que es bonito? Las llamas saltan y bailan, igual

que yo antes de perder las piernas. Bailaba como las llamas.

Lokko la miró con sus grandes ojos.

—Me pregunto qué es lo que piensas —dijo Sofia—. Ojalá pudieras hablar conmigo un solo minuto y me contaras lo que hay en tu cabeza.

Sofia apartó la muleta poniéndola sobre la arena y se apoyó contra el taburete de madera que usaba de respaldo. Volvió a escuchar en la oscuridad. Pero el niño que acababa de llorar se había callado.

«¿Cómo ha pasado todo lo que ha pasado?», pensó. «Una vez, yo era una niña pequeña. Ahora, de pronto, soy una adulta. ¿Qué significa realmente no ser ya un niño?»

Sofia cerró los ojos y se puso a pensar en el pasado. Era como si tuviera un camino bien marcado dentro de su cerebro. A menudo pasaba por allí y con cada día que vivía, el camino se hacía un poco más largo. Y así sería hasta que se hiciera vieja, y quizá un día estuviese tan cansada que el camino le parecería tan largo que ya no podría seguirlo ni con el pensamiento...

Pensó en Maria y Rosa, sus dos hermanas muertas. Siempre pensaba en ellas cuando recordaba el tiempo pasado. Sabía que las encontraría allí, dentro de su cabeza. Estarían en diferentes sitios del camino esperándola. En alguna parte, allí dentro, también estaba su padre, Hapakatanda, que había muerto cuando ella era tan pequeña que casi no se acordaba de él.

—Ahora soy adulta —se dijo a sí misma—. Pero aún no sé lo que significa.

De pronto sintió como si ya no estuviera sola sobre la alfombra de rafia delante del fuego. A su alrededor había varias personas parecidas a las sombras. Una sólo tenía tres, cuatro años, otra ocho, otra quizá diez.

¡Era ella misma! Sofia pensó que estaba allí sentada rodeada por sus diferentes edades. Podía alargar la mano y saludarse a sí misma a los ocho años, o a los seis, o cuando era tan pequeña que ni siquiera había aprendido a andar.

Pero estaba sola, por supuesto. Era a sí misma a quien veía, pero dentro de su cabeza, en la memoria.

¿Qué era lo primero que recordaba de su vida? ¿Su recuerdo más antiguo? Había bajado al río a lavar ropa con Lydia, su madre. Había estado jugando a la orilla del río. Quizá Maria también había ido aquella vez. No lo recordaba. Lydia estaba agachada junto a otras mujeres, restregando ropa en el río con el agua hasta las rodillas. Sofia sabía que en el río había animales peligrosos. Los cocodrilos se acercaban sigilosamente por debajo del agua, sobre la superficie tan sólo los ojos. Entonces podían atacar con su enorme boca atrapando a una persona y hundiéndola en el agua. Lydia y las otras mujeres no dejaban de vigilar todo el tiempo el agua. Los cocodrilos estaban allí y, traicioneros, nunca se sabía cuándo se acercarían por debajo del agua.

De pronto un cocodrilo cruzó la superficie abriendo sus tremendas fauces con unos dientes resplandecientes. Había cogido por un brazo a una de las mujeres que estaban lavando. Antes de que nadie pudiera reaccionar, se hundió en el agua llevándosela consigo. La mujer salió a la superficie una vez. Gritaba, Sofia todavía podía recordar el sonido. Después desapareció debajo del agua otra vez y nadie pudo encontrar nunca restos de ella.

«Es el primer recuerdo de mi vida», pensó Sofia. «Vi aquel cocodrilo y oí cómo gritaba la mujer. No es sólo una historia que me contó mi madre Lydia u otra persona. Aquello fue lo que realmente ocurrió. Yo estaba sentada a la orilla del río viendo cómo desaparecía debajo del agua.»

«Es raro», pensó. Algo que la asustaba. El primer recuerdo de su vida era cuando vio morir a una persona, apresada entre las fauces de un cocodrilo.

Sofia apartó un mosquito que se había posado sobre su brazo, antes de que le picara atravesando la piel y le chupara la sangre. Otras imágenes del pasado empezaron a aparecer en su cabeza. Maria estaba casi siempre allí. Habían sido inseparables. Sólo se llevaban un año y a menudo pensaban que en realidad eran mellizas. Aunque siempre habían sido pobres e incluso a veces se habían tenido que ir a dormir con hambre mientras su madre Lydia lloraba porque no le podía dar de comer a sus hijos, siempre hubo cierta luz en su infancia. ¿O acaso era que ella sólo quería recordarlo de aquella manera?

En realidad Sofia no quería recordar lo que había ocurrido, pero no podía evitarlo. Fue aquella espantosa mañana cuando sucedió aquello tan terrible que cambió toda su existencia.

*Ella y Maria iban corriendo por el camino. Era pronto y el sol acababa de aparecer en el horizonte. Cada mañana su madre Lydia les ordenaba ir por el camino, no correr nunca a través de los campos o por la tierra por la que nadie pasaba. Allí había algo peligroso, animalitos horribles, cocodrilos de tierra que podían abrir las mandíbulas y arrancarles las piernas y los brazos a los niños pequeños que no miraban dónde ponían los pies. Iban corriendo por el camino y Sofia se puso a saltar a la pata*

*coja. Maria estaba a su lado, en el camino. Sofia saltaba con el pie izquierdo. Después puso el pie derecho en el suelo para volver al camino otra vez.*

*Lo siguiente que recordaba tan sólo era un dolor que le quemaba y un silencio grande y oscuro. En el hospital estuvieron cada una en una cama, una al lado de la otra. Las heridas de Maria eran muy graves y una noche le cogió la mano a Sofia y le dijo: «Me voy a casa»; después cerró los ojos y en ese mismo instante Sofia supo que Maria había muerto.*

Sofia estaba sentada al lado del fuego y pensaba que a pesar de que había tenido que recordar lo sucedido muchas veces, todavía era igual de doloroso. Se le llenaban los ojos de lágrimas cada vez que pensaba en Maria, como si acabara de reír hacía un momento. La veía delante de ella, con su vestido blanco, riendo por el camino.

A Sofia le resultaba difícil de comprender la sutil diferencia que había entre la vida y la muerte, a pesar de que en realidad debería ser muy grande. Además, era la gente mayor la que debía morir, no los que eran como ella o Maria, niñas que aún no habían cumplido los diez años.

Se secó los ojos y pensó que Maria había muerto hacía diez años. Si hubiera seguido viva tendría veinte. Quizá también hubiera tenidos hijos. Sofia intentaba verla con el aspecto que tendría ahora. Pero era imposible. Aunque podía imaginarse el cuerpo adulto de Maria, con las caderas redondas y con pecho, era la cara infantil y sonriente de Maria la que estaba en aquel cuerpo. Por muy mayor que se hiciera Maria, siempre tendría cara de niña en su memoria. Su cara no envejecería.

Sofia miró al cielo. Si hacía sombra con una mano sobre los ojos para que el fuego no la deslumbrara, podía ver las estrellas que brillaban allí arriba.

Su madre Lydia siempre decía que los que morían se convertían en estrellas. A Sofia le resultaba difícil creer que fuera verdad, aunque era bonito imaginarse que eran los ojos de Maria los que brillaban allí arriba. Pero solía pensar más bien que Maria estaba dentro de su cabeza. Lo que estaba enterrado en la tierra eran huesos y no sonrisas, ni carcajadas, ni recuerdos.

Lokko se levantó, se rascó y desapareció en la oscuridad. Sofia tomaba té frío en un vaso de plástico y escuchaba los sonidos del interior de la casa. A veces Lydia roncaba tan fuerte que se oía a través de las paredes. Pero ahora había silencio. Lydia dormía en el suelo sobre una alfombra de rafia con una almohada delgada debajo de la cabeza. Sofia le había preguntado si no quería que le comprara una cama. Pero Lydia dijo que no. Siempre había dormido en el suelo. No quería cambiar aquello, ahora que empezaba a hacerse vieja.

Pero ¿era Lydia realmente vieja? Sofia intentaba pensar. Lydia no sabía muy bien los años que tenía. Nadie había escrito la fecha exacta ni el año en que nació. Cuando fue lo bastante mayor para preguntarlo, su madre ya había muerto y su padre no se acordaba muy bien. La madre de Lydia había tenido un niño cada año durante bastante tiempo. Había parido once pero sólo tres habían sobrevivido. Su padre recordaba que Lydia nació un otoño inusualmente lluvioso. En septiembre, quizá a principios de octubre. Pero ¿de qué año? A eso no podía responder. Sofia creía que Lydia tendría unos 45 años, aunque como estaba cansada de haber trabajado mucho parecía mayor de lo que era.